

jeros, antes que a una sólida afición, está la voluntad cumplida por don Predo, con perseverante empeño, de pasar los últimos años de su vida de gran trabajador, de propulsor de industrias, de creador de riqueza, inteligente y atrevido, en la paz del campo, contemplando la naturaleza, en uno de los rincones más bellos y evocadores que hay en este valle de los Alcázares, rumiando su pasado, desde el sereno recogimiento de su limpia conciencia de luchador y de patriota.

Olvidas, por otra parte, que por alianza tu padre está unido a gente de grandes ejecutorias rurales. Don Carlos Michelsen, y aquí rectifico a mis dos glosadores, fue el primer importador de los Cleveland, raza de tiro ligero, de excelente calidad. El Favorito y la Botón de Rosa, traídos por él de Inglaterra a Las Monjitas, hacia 1878, dejaron numerosa y excelente descendencia. Con don Juan de Dios y don Carlos Carrasquilla introdujo un grupo de ganado Durham (el Duque de Colombia y sus consortes la Fucsia y la Duquesa de Colombia). Horsa y Lufrina, primeros perros de San Bernardo venidos a la altiplanicie, fueron igualmente debidos a la afición de don Carlos, que no era un empírico sino un verdadero agrónomo que aplicó su variada y nutrida ciencia a combatir la rutina, sin renegar de la experiencia acumulada por orejones viejos. En "El Agricultor", revista que no ha sido siquiera igualada, y de cuyo cuerpo de redacción hizo parte don Carlos, con el doctor Camacho Roldán y el doctor Carrasquilla, constan sus numerosas y sabias observaciones sobre régimen de lluvias, sobre cosechas, abonos, enfermedades de los ganados y otros temas. Fue el primer jefe de la sección de agricultura del ministerio de fomento, y a su iniciativa se debe la traída del profesor Vericel a quien tanto debe la ganadería en Colombia. ¡Qué bello y útil libro sería el que llevara este título: "Historia del Trabajo en Colombia", y qué ejemplar cada capítulo que allí consagrara las hazañas incruentas de aquel gran señor, dechado de amigos, espejo de caballeros!

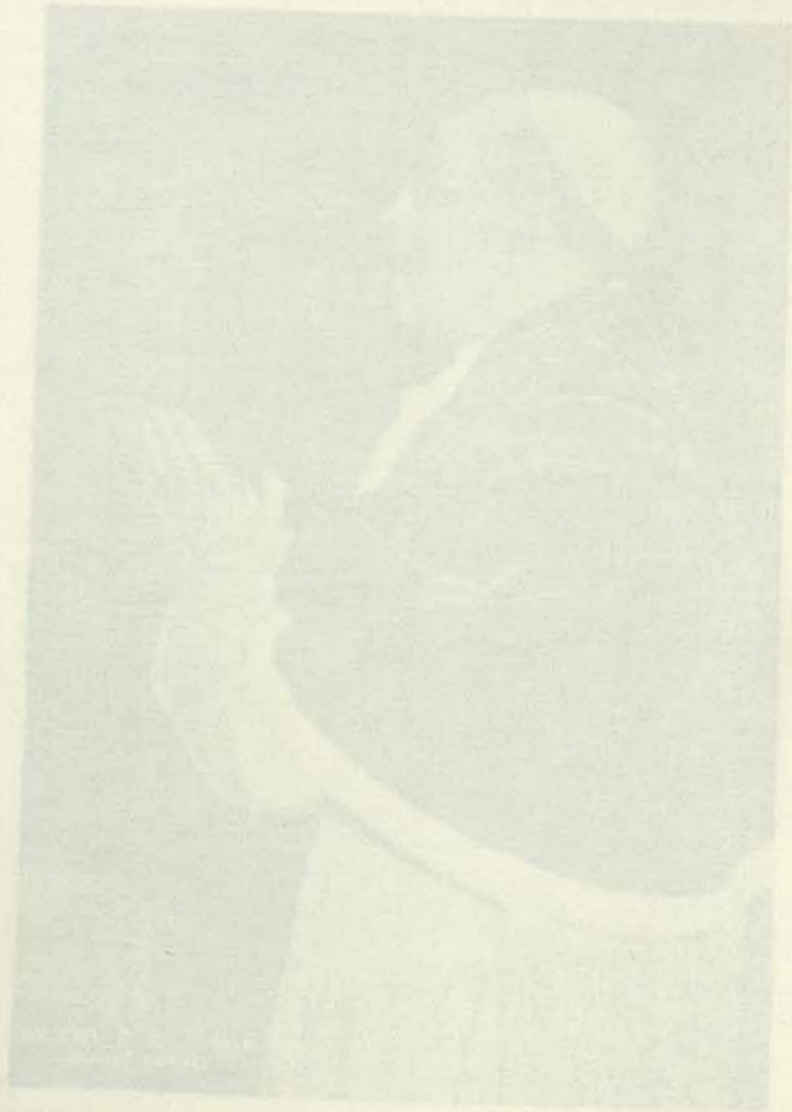
Y ya ven ustedes cómo, siguiendo el rastro a nuestros tranquilos compañeros los animales, topamos de golpe con los hombres buenos que los comprendieron y los amaron con amor puro de pastores de égloga.

Arropado en el capote de mis recuerdos voy encontrando figuras conocidas de hombres y animales, figuras desaparecidas que sólo viven en la memoria de los menos. Como en las madrugadas de mis años mozos, voy bajando por la calzada que trazó el Oidor, a caballo en mi rosado rizuno; de la niebla espesa salen sombras que van precisándose al acercarse. Inquieto, ha parado las orejas mi rosillo; el ruido de un cascabel se hace más distinto. De la revuelta del puente que alindera la estancia que fue de Juan de Aranda, y también mía, al compás del cascabel, una parejita de pajizos avanza a trote parejo y largo. Por encima de las cabezas vivarachas de los jacos, sobre el asiento alto de la carreta distingo —visión de juventud y de esperanza— la silueta de mi Encomendera...

Julio 2 de 1938.



HUMANIDADES



PREGON DEL AÑO SANTO EN COMPOSTELA

Por **Eugenio Montes**

(De la Real Academia Española)

Tres eran tres, como las hijas de Helena. Tres eran tres las romerías cristianas: a los Lugares Sacros donde nació, vivió, murió el Cristo; a Roma, del cristiano mundo cabeza; y a Santiago, donde nació el occidente. Tres eran tres: y se llamaba peregrinación a la última: "In modo stretto non s'intende pellegrinose non chi va verse la casa di san Jacobo, o viede" precisa Dante en la "Vita Nueva" In modo stretto. Largos y angostos son los caminos del mundo; romería, la existencia.

"Id —Había dicho la divina voz— y predicad a todas las gentes". Los apóstoles fueron artesanos errantes. No hay periplo más conmovedor que sus "Actas". Barca de Pedro. Nave incesante de Pablo, por bonanzas y procelas, con viento propicio o adverso, recaladas y naufragios. Esa odisea paulina se cumple en el horizonte antiguo. Su ámbito geográfico es el pelisonore mar de la historia clásica. Con luz sobrenatural ilumina el justo perfil del humanismo. Al Atlántico no alcanza directamente. Termina allí, donde la hélade posterior a la caída tartésica puso sus resignados mojones. Pues un día, en la remota alba cretense, las columnas de Hércules habín sido clarines de ataque al Océano incógnito, pero desde la época cartaginesa señalaba un triste acabóse.

Por caminos de tierra, por calzadas firmes había ocupado el romano la península. Cuando la legión de Décimo junio recibe orden de vadear el limia y llegar al Finisterre, la soldadesa quiso desbancarse antes de cruzar lo que suponían el Leteo, río del olvido, de la pérdida del mundo. Un terrible temblor estremece la prosa de Tito Livio al narrar la llegada del Procónsul al misterio del Océano. Entre ulular de vientos y el sufrir de las olas en las peñas, retrocedían los caballos, y los veteranos curtidos en cien campañas empalidecían cual difuntos; pues no les amedrentaba escita del desierto o herminio de la sierra, pero sí el sol hundiéndose en la lejanía infinita. Ese del "religioso horror" fué hacia el finisterre, a donde Santiago vino con religioso amor.

El hijo del Zebedeo sintió la llamada del Oeste, el suspiro de estos vientos en que las almas pedían la luz y la gracia de la buena nueva. En una alta cumbre habitaba el dragón de la paganía druídica.

Las piedras de los dólmenes sabían del gemir de la sangre humana en sacrificio a oscuras deidades de los bosques. Trajo su predicación y cuando una tarde hierosolimitana los soldados de Herodes Agripa le dieron el contento del martirio, sus discípulos pusieron el cuerpo mártir en una barca, rumbo al país predilecto.

El desembarco fué en Iría, lugar de nombre ligur, llamado después El Padrón, por la piedra donde los marineros amarraron la barca apostólica. Enterraron la marmórea arca en un lugar solitario. O acaso hubo un culto, pero la hiedra fué cubriendo el túmulo. Ocho siglos orballaron el cielo melancólico hasta el glorioso día del descubrimiento. Brilla en los anales el júbilo de esa hora afortunada, resuena feliz en el gozoso latín del himno antiguo:

Grande, foelix Hispania,
loetis exultans mentibus

Hic est ille magnificus
Qui post mortem sententiam
Navi deductor Iriam.

Cuatro siglos antes por sus propias culpas, porque todo pasa en la tierra, y por el furor del bárbaro, se había derrumbado el imperio, con dolor del orbe y de la urbe. En el Capitolio triscaban las cabras, mordiendo en el mármol sílabas de epitafios roídos, al triste son de un pífono. El coro que escuchara la togada elocuencia de Marco Tulio oía ahora albanés. En el Norte, aullaban los lobos; en el Rhin y el Mosa era siempre invierno. El mediterráneo había perdido su memoria. El siroco del desierto cegara la luz de las ideas y la media luna segara el señorío clásico: figura y palabra, diálogo, comunicación. Pero en al año 800, el Señor hizo dos milagros. El jefe de los francos, el rey de aquellos rudos hombres nórdicos, bajó a Roma, a arrodillarse humilde ante su pasado, y a consagrar su corona de hierro, recibéndola del Sumo Pontífice, la noche navideña. A la vez, en el Finisterre, en un campo olvidado y oscuro, pacen luceros. Por el cielo nocturno camina una plateada claridad: Galaxia. Ese sincronismo de la coronación de Carlomagno y la resurrección del arca marmórica, merece ser destacado. Hay ahí como una armonía preestablecida. Ambas notas surgen paralelas, y paralelamente caminan como en el discante, hasta que compenetran y funden en un solo cantar. Chances de Geste. Luchando y cantando, los héroes carolingios abrirán, por entre la morisma, camino: paso franco a Compostela.

Ese sincronismo, decisivo para la suerte de la cristiandad, en el que late y se acusa el corazón de Europa, quizás ha dejado un eco en el propio nombre bautismal. Analizada con precisión etimológica. Compostela, tanto puede ser campus Stellae como compositum. Si la primer etimología esplende con el prestigio de las luminarias celestes, la segunda tiene una resonancia mental hermosa. Alude a lo bien dispuesto,

a lo ordenado, vínculo que pone su acorde en lo vario y lo aprehende y configura en su sentido. Compostela sería así la bien compuesta, el punto en que la europeidad se compuso.

Falta le hacía. Jamás el mundo sufrió más pululamiento y desarraimiento anárquico. Entre la maleza y pobreza de los tiempos, solo crece una fecundidad egoísta. Esos siglos se hallan bajo el signo del aislamiento y la dispersión. Aislados, en heroica y arisca soledad que nadie del norte europeo socorre, los grupos cristianos españoles. Dispersos, los barones transpirenaicos.

El temple de Carlomagno consigue un momento darle a la dispersión compañía; y a la compañía, finalidad, objetivo. Venir a Compostela. Abrir el camino a Finisterre. Socorrer a los hermanos en apuro.

Per vos totz lo cors mi dol.
Amors de terra lenhdana

Solo la altura del Emperador, su mano vigorosa, su mirada esclarcida, por las estrellas santiaguesas, pueden iniciar una misión así, del tan ancho, noble y luminoso horizonte. Cuando esa mano queda sin sangre y sus ojos son cerrados a la luz de la muerte, otra vez la floresta ululante y bárbara cubre el ecúmeno. Pero el gesto había sido tan poético que la poesía lo recoge; y, al trote del alejandrino, por San Juan de la Peña y Roncesvalles, los doce pares.

Entrerent en Espagne, et par pointe de lance,
conquisterent de Saint Jacques la plus mestre
habitance.

Al menos Roldán y Oliverio subieron por el Pirineo a la gloria:

Morz est Rollant, Deus en ad l'amees cels.

Por ellos repican jubilosas cada 25 de julio las campanas de Compostela, y en la noche de vísperas, al quemarse en la fachada del Obradoiro la rosa de fuego de la cohetería, se adelantan los cohetes a saludarlos al paraíso:

Deus me confunde, se la geste en desment!

España era entonces más peninsular que nunca, porque era isla en sí misma, Islote de San Juan de la Peña, islote astur. Naufrago, el pequeño grupo evetense, agarrado al madero de la cruz, vió en la luminaria Jacobea que Dios le hacía señas de salvación.

Fué Payo, eremita el primero en advertir la señal, cuando decía su misa en un lugar apartado y silvestre. Avisado el Obispo de Iría Flavia, se preparó con ayunos y penitencias para acercarse, reverente, al milagro. Luego, apartaron la maleza. Poderosa vegetación encubría un

pequeño edículo enlosado de mármol. La carta del Papa León III puntualiza que el apóstol había sido enterrado en un templete, con altar, después perdido.

Acude, desde su parva corte evetense. Alfonso II. Su virginal pureza merecía la gloria de que en su reinado aconteciese el prodigio. Los recursos del reino eran tan escasos que solo fué posible erigir una iglesia modestísima, provisional. Pero con ancho territorio en torno. ¿Quién le pone puertas a la esperanza?

El señorío gallego comprendió la magnitud de su deber, a cuanto le obligaba su misión; y sé entregó a la grandeza de la obra. Una familia ilustre en linaje, sabiduría y santidad, la de San Rosendo, vive a mayor gloria jacobea.

Entre acosos del Sur y del Norte, azotada por el viento arenoso del Islam y el pirático de los Viquingos, tiembla y brilla la compostelana estrella. Viquingos, digo. Cuentan que en su vejez vió Carlomagno una flota remontando un río. Eran unos barcos dragonados con gentes terribles. "Temmo por mi Imperio", dijo.

Venerunt normanerum, claman, aterradas, las crónicas de la época. De su furor libra San Rosendo a Santiago. Otro Obispo, muere combatiéndoles, atravezado por una flecha. Un tercero, en fin, ora con tanta fe, que la escuadra normanda se hunde sobre ella.

Pero nada como la frenética algarada de Almanzor. El templo, arrasado. En la pila de agua bendita, abreven, sacrílegos, los caballos. La tumba misma sufre profanación. El Obispo Pedro de Mezonzo lloraba fuertemente a sus ojos.

Era cerca del año 1000. Parece que en los ritmos cósmicos, en el palpar de la historia, los milenarios señalaban el momento de máxima agonía. Nos acercamos al segundo, de nuestra era. La misma desventura, iguales tribulaciones nos prueban. Para horas así dejó el obispo de Iría un consuelo. Salve Regina. De sus lágrimas, hizo arco iris. En medio del arco, un ruiñeñor cantó. ¿La primera golondrina de donde vino? El abril fué poso después del milenario. Sí, en el XI tuvo Europa su flor; su estío en el XII; el fruto, en el XIII.

La flor se llama Chanson de Roland, trovadores, vidriera, romántico. Se llama Compostela. Peregrinando viene la cultura, decía el padre Feijóo, como si intuyese en concreto lo que la investigación actual descubre: pues ha descubierto, con Bedier, que las gestas medievales son itinerarios de romería. Sus cantares cuentan pasos peregrinos; son en verdad ecos de Bordones. Y los más sonados, aquellos que avanzan por las dos rutas francas a Compostela. Ahí, en las abadías donde los peregrinos se acogían, ahí se acunaron los epos.

Tres gestas hubo en Francia la guarnecida. La suprema, la del camino real a Santiago.

N'et que trois gestes en France la garnie;
Du rei de France est la plus seignorie.

Esas que hace sonar bronces de triunfo en Barbastro, cuerno de melancolía en Roncesvalles.

En el sitio de Barbastro participó con su hueste el Conde de Poitiers. En su palacio amanece la poesía lírica, literalmente la primera estrofa, acaso también ese "dolce stil nuovo", ese Gay Saber tenga relación con el camino a Compostela; alivio profano de las jornadas sacras. Será casualidad. Pero ya no puede ser un azar en el hecho de que, simultáneamente, cante el serventesio en el castillo provenzal de los héroes pirenaicos, en el arpa toscana colgada al hombro del peregrino Guide Cavalcanti, y en los atrios de las iglesias románicas de Galicia, desde la Compostelana hasta las ermitas humildes, entre chirimías y panderos.

Se oye un ritmo de alborada; es del caballero Nuño Fernández Torneol:

Levand' amigo que dormides as manhanas frias:
toda —las aves de mundo d'amor dizian,
leda m'and'eu.

Responde la gaita de Xoan Zorro:

Bailemos agora, por Deus, ai vélidas,
se aquestas avelaneiras frelidas
e que for velida como nos velidas,
se amigo amar,
se aquestas avelaneiras frolidas
verrá vailar.

Tercia el Meendinhe:

Sedie — m'eu na ermida de San Simón
e cercaron — m'as ondas que grandes son
en etendend'e meu amigo!
Estava na ermida, ent'e altar
e cercaron — m'as ondas grandes do mar,
en etendend'o meu amigo.

Absorta, estática, no había advertido el paso peregrino del tiempo; ese tránsito a que el compostelano Xean Airas es tan exquisitamente sensible, como leal a cuanto permanece y dura.

Toda — las cuosas en vejo partir
de mund' eu soian seer...
mais non se pod'o coracon partir
do meu amigo de me querer ben.



¿Conocéis en la poesía universal ronda de mayor hermosura? Solo la piedra compostelana.

Al historiador Kingsley Porter se le ocurrió un día comprar la fotografía del arte romántico y los itinerarios a Santiago: encontró que coincidían. Su tesis puede resumirse así: trazad en un papel algo húmedo los caminos de la peregrinación. Las líneas se extenderán en débil marcha a cada lado. Pues bien: ahí hay románico y solo ahí, en todo el vasto mundo.

Esta tesis ha sido aceptada por la investigación. Es un hecho. Dentro de eso ya me importa menos discutir que vino y que volvió, o sea que ha nacido de la idea y que a la vuelta. Lo decisivo es la perfección y esta canta en la compostelana acrópolis de la cristiandad.

Es obra de la voluntad de los Obispos y los artistas. Cuatro genios hicieron este partenón católico. Los Obispos: Peláez y el Gran Gelmírez. Los artistas: el maestro de la puerta de Platerías, y el de la Gloria.

Pocos conocen el nombre del maestro de Platerías: Roberto. Le costó a la investigación averiguarlo. Tanto lo había escondido. Y pensar que nosotros firmamos un artículo! Y pensar que Roberto vale bien Donatello!

Su David, preludia migueangismo de Mateo. Solo que Buenarotti era sublimemente atormentado; Mateo, sublimemente sereno, definitivo, como en sí mismo, en fin, eternidad lo hizo, como en sí mismo eternidad nos hace. Pleronía de la escultura; plenitud de los eros; juicio final de la luz siempre joven; alegría de la beatitud sin noche.

No hay, en nuestra rota época, prosa capaz de hacer honor a este apocalipsis de la sonrisa. Solo los silogismos de la Summa que, desde su convento dominicano de la rue Saint-Jacques, en París, compuso el ángel de piedra, teólogo de Aquino. Solo los tercetos dantescos. O la misa al Papa Marcelo. ¿Por qué me falta coraje para añadir: o los compases del himno de los peregrinos flamencos?

Dice el Código medieval: "Unos cantan al sonido de las cítaras, otros al de liras, otros al de tímpanos, otros de trompetas, otros de violas, otros de ruedas británicas y gálicas, otros de psalterios... No hay lenguas ni dialectos que no resuenen allí (en santuario).

Las puertas de la Basílica no se cierran ni de día ni de noche. Las tinieblas huyen del augusto recinto, que resplandece como el mediodía". Así, como en el doscientos será estío, en el gran día meridiano del año santo. El universo de lenguas y dialectos cabe en la majestuosa plaza del hospital. Ahí, a demostrar a los particularismos cuan ancho es el mundo; y a los tiempos, que la plenitud de lo eterno ningún viento se la lleva. Pues lo que el viento se llevó fueron tres

carabelas. El viento del Santo espíritu. El de los peregrinos que desde lo alto del pico sacro ponían en el cielo su hermoso grito: ¡Útreya!

Herru Santiago! Get Santiago — Eultreya, enseja! A esa invocación respondió el eco con la noticia del descubrimiento de América; y responderán este año santo los que, bien nacidos, vengan a darle su fervor al patrón el 25 de julio, ante el Obradoiro.

Los caminos del mundo son infinitos. Pero en Europa solo se entra — ho, americanos — por una puerta: la del maestro Mateo, el Pórtico de la Gloria.

Ai Santiago, padrón probado,
ves m'adrugades o meu amado!
sobre mar ven quen froes d'amor ten.

